

DOS PROMESAS

Por *Laverne Jones*

NANCY y un grupo de niñas se reunieron en torno a Peggy, que estaba muy excitada hablando de una fiesta de cumpleaños que su madre le había prometido que podía dar.



Los padres de Peggy tenían una hermosa piscina en el patio de su casa, y la natación sería una de las diversiones que tendrían en esa ocasión feliz. Peggy acababa de entregar las invitaciones a sus amigas, y todas estaban muy excitadas pensando en lo mucho que se divertirían el domingo siguiente.

-¿Una fiesta en la pileta de natación? ¡Oh, eso parece muy divertido, Peggy! Espero que mamá me deje ir -exclamó Nancy.

Nancy se apresuró a llegar a su casa para mostrar a su madre la invitación.

-¿No es cierto que puedo ir, mamá? Peggy es una chica muy buena, y me gustaría mucho ir a su fiesta. Todas las demás chicas de la clase irán.

La mamá miró a su hija en los ojos y en ellos pudo leer toda la alegría con que ella anticipaba la fiesta. Después de quedar pensativa por unos momentos, dijo:

-Querida, yo sé que te gustaría ir, y sería lindo que pudieras hacerlo; pero debido a que tú no nadas, quisiera que recordaras esto. Me gustaría que me prometieras que no irás a la parte honda de la pileta.

Nancy estaba tan ansiosa de que su madre le diera permiso de ir, que le pareció muy bien lo que ella le pedía: que no entrara al lugar donde el agua le tapara la cabeza.

-Por supuesto, mamá; yo ni siquiera quiero ir a esa parte de la pileta. Además, tendría miedo de hacerlo!

Por fin llegó el día anhelado, y Nancy casi no podía esperar el momento en que la mamá de Kay pasaría a buscarla juntamente con las otras chicas del vecindario para llevarlas a la casa de Peggy. En el momento en que llegó el automóvil, Nancy estaba mirando por la ventana. Salió acompañada por su madre, quien le advirtió:

-Ahora, querida, recuerda que no debes entrar en la parte honda de la pileta. No sería prudente.

-Oh, no te aflijas, mamá. No lo haré; te lo prometo -replicó Nancy despidiéndose de ella.

Pronto las niñas estaban jugando y riendo en la pileta. El día era caluroso y el agua estaba muy refrescante. Después de haberse entretenido con algunos juegos, se decidió que antes de salir de la piscina para participar del convite, las niñas podían jugar en el agua por un rato, como quisieran.

Kay se acercó a Nancy.

-Vayamos al tobogán y tirémonos por turno.

-A mí me encanta -dijo Nancy. Luego vaciló-. Yo no puedo ir a la parte honda de la pileta.

-¿Por qué no? -preguntó Kay.

-Porque no puedo nadar -respon-dió Nancy.

-Oh, eso no es nada. Yo puedo tomarte cuando llegues al final del tobogán.

Nancy recordó lo que le había prometido a su madre. Miró el tobogán desde donde las demás se estaban tirando y disfrutando de la emoción de caer al agua.

¿Debía contarle a Kay lo de la promesa u olvidarla y deslizarse con las demás? Kay la sujetaría al llegar al extremo del tobogán. Vaciló un momento, luchando con su conciencia; luego decidió probar aunque fuera una sola vez. Al fin y al cabo Kay había tenido lecciones de natación durante dos veranos, y sabría cómo hacer frente a una emergencia.

Las niñas corrieron hasta la fila y esperaron su turno. Kay se tiró primero, levantando los brazos y gritando alegremente mientras se deslizaba, y caía en el agua.

Nancy se preparó para tirarse por el tobogán, pero una vocecita parecía decirle: "Retrocede. No quebrantes tu promesa". Pero pensó: "Ahora no puedo detenerme. Todas las chicas que están detrás tendrían que abrirse para dejarme descender por la escalera. Sólo esta vez no me pasara nada".

Miró hacia abajo y vio que Kay la estaba esperando en el extremo del tobogán. Soltó las barras, y con los brazos levantados descendió deslizándose hacia su amiga.

La emoción del tobogán desapareció en el instante en que cayó al agua, y ella y Kay siguieron descendiendo... descendiendo... descendiendo, hasta las profundidades de la pileta. ¿Cómo fue que no se dio cuenta de que Kay no podría sostenerla? ¿Por qué, oh, por qué no cumplió la promesa que le había hecho a su madre? ¿Qué le iría a pasar ahora a ella, y no solamente a ella, sino también a Kay? Nancy procuró con todas sus fuerzas salir a la superficie del agua, pero parecía que no lo lograba.

Nancy estaba convencida de que, sin la ayuda de Dios, nunca podría llegar a la superficie, de manera que desde lo más hondo de su corazón pidió que Dios la salvara de la muerte.

Y un Padre amante en el cielo escuchó su súplica y ángeles invisibles levantaron a las dos niñas, asustadas y temblorosas, pero agradecidas. La fiesta perdió todo su atractivo para Nancy. Sabía que debía confesar a su madre que había quebrantado su promesa, y también quería contarle acerca de la maravillosa respuesta a su oración.

Cuando las dos chicas se estaban vistiendo, Nancy le contó a Kay que ella había orado, y no se sorprendió al enterarse de que también Kay había orado porque se había sentido impotente para salir a la superficie.

Esa tarde, cuando Nancy volvió a su hogar, estaba pensativa y callada. Tan pronto como estuvo a solas con su madre, le contó la historia.

Nancy y su madre agradecieron a Dios por el perdón del pecado y por su amor al cuidar ese día de las niñas. Juntas recordaron la promesa que Dios había cumplido ese día: "Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré".